

¿UN MONJE DEBE OCUPARSE DE POLÍTICA?³⁶⁶

El monje puede plantearse a sí mismo esta pregunta, así como también otros pueden plantearse con respecto a él. Cuando intervienen personas de la Iglesia en un campo relacionado con la política, no faltan quienes los critican y los envían de nuevo propiamente a la sacristía. De hecho, la Iglesia pretende ser distinta del poder temporal e independiente de todo régimen político, y por eso es que su reglamentación prohíbe a clérigos y religiosos militar en un partido u ocupar funciones públicas. Evidentemente, cada uno de ellos bien puede tener sus opiniones personales en la materia, pero aunque en esto el pluralismo es legítimo e incluso deseable, no puede autorizar comportamientos que comprometan el cuerpo eclesial como tal. Por otra parte, interesarse en la política supone que se le dedique mucho tiempo... y también, generalmente mucha pasión, cuando hay otras tareas que solicitan al hombre (o a la mujer) de Iglesia, cuyo deber ante todo es consagrarse a los hermanos humanos que encuentra en el camino de la vida, cualquiera sea el color de sus opiniones.

Lo que es válido para clérigos y religiosos en general, vale más precisamente aún, para las comunidades monásticas, cuyos miembros están unidos por un proyecto de vida específica, llamada “contemplativa”, y hacen profesión de entregarse al trabajo silencioso y a la oración. ¡En qué perturbación los arrojaría la política, a expensas de su ideal y de su cohesión, en detrimento también de quienes vienen en gran número al monasterio pensando encontrar en él un puerto de silencio y de paz!

¡Y sin embargo! Surgen preguntas que no pueden dejar indiferentes a los monjes. La de la violencia, por ejemplo, o la de los armamentos, o la de la libertad de enseñanza, o la del aborto... También está la justicia social, el hambre en el mundo, los atentados a los derechos del hombre y a la libertad de conciencia que abarca incluso el problema de la tortura... Todas estas cuestiones tocan directamente a los ideales del monje, y, más allá de esos ideales, a la fe que los inspira, y que no podría reducirse a una creencia etérea, aislada de lo real. Los monjes se han separado del mundo, pero, como lo subraya su Maestro, no por eso están menos *en* el mundo; y en ningún caso podrían interpretar lo que se llama “fuga del mundo” como una indiferencia frente a los problemas de la humanidad y un repliegue egoísta sobre sí. De lo contrario, la misma lógica de su vida estaría comprometida, y también la relación de amistad y de consejo desinteresado que el pueblo cristiano —e incluso el no cristiano— más o menos confusamente aspira encontrar junto a ellos. ¿Cómo podría el monje, en esas condiciones, ignorar las preguntas que acabamos de recordar y que tienen evidentemente vastas implicancias políticas? ¿Cómo podría quedar dispensado de estudiarlas, de reflexionar en ellas con una atención sostenida, y de preocuparse efectivamente por ellas sin por eso dejarse arrastrar por el raudal de acontecimientos y desviar de su vocación?

Para resolver el dilema es necesario entenderse sobre el sentido que se le da a la palabra “política”. La expresión “hacer política” es sospechosa para muchas personas, para quienes la política es sinónimo de agitación y de vanas querellas. Otros prefieren su tranquilidad al tumulto de los asuntos públicos, —pero su actitud no está acaso teñida de dimisión y de fuga de responsabilidades?—. Sobre el modo de administrar esos asuntos, las opiniones son indudablemente innumerables; y como (al menos en la democracia) todas las opiniones tienen carta de ciudadanía, la política pronto desemboca en divisiones de partidos rivales, sobre todo ocupadas en polemizar entre ellos, y en maniobrar para apoderarse del poder... Esto no es una razón para dejar que los más audaces dominen la situación y decidan la suerte del país; todo lo

³⁶⁶ De *Présence d'En Calcat*, 78, Mars 1983. Tradujo: Hna. Graciela Sufé, osb. Monasterio Gozo de María. Córdoba — Argentina.

contrario. Es conveniente que existan profesionales de la política, dispuestos a asumir en conciencia las responsabilidades del gobierno o a colaborar en él. Sólo que ese terreno no es evidentemente el del monje, tanto más cuanto que es un terreno lleno de trampas: los profesionales en cuestión son los primeros en denunciar (en sus adversarios) los delitos de la “política “ y los abusos de la contestación sistemáticamente partidista.

Pero ¿es esa toda la acepción que se puede dar a la palabra “política”? ¿Acaso ese término no es susceptible de una acepción más profunda, que exprese incluso su sentido esencial? Etimológicamente, “política” deriva del griego “polis”, villa, ciudad; la palabra designa pues lo que se refiere a la ciudad y a su organización. De esto se deduce que la política designa esencialmente la manera en que los hombres se organizan para vivir en sociedad; en resumidas cuentas, y en el sentido más noble, es un arte: el de saber vivir juntos para el bien de todos.

Como consecuencia, la política no puede ser algo extraño a los monjes, que también son hombres. Les concierne de manera inmediata, en primer lugar, en el mismo interior del monasterio, a título de su vocación propia, puesto que ésta los compromete a una vida comunitaria. Pero les concierne de una manera más amplia todavía. Porque el monje también es ciudadano, como todo el mundo; vota y paga sus impuestos, sin que a eso se limite el ejercicio de sus derechos y deberes cívicos. A él le atañe todo lo que afecta a la ciudad. Es solidario con sus conciudadanos; como cada uno de ellos, debe contribuir positivamente al bien común, y, paralelamente, combatir todo lo que amenaza a ese bien.

Cada miembro de la ciudad contribuye evidentemente al bien público en la medida de lo que es y de lo que puede; y cumplirá tanto más eficazmente esta tarea en cuanto obre como cuerpo, con aquellos con quienes sus actividades y su status social lo relacionan.

La pregunta se reduce entonces a ésta: ¿cuál es el lugar del monje en la sociedad y qué papel puede y debe desempeñar en ella?

En los países de régimen ateo, los monjes (o lo que queda de ellos) solamente tolerados, son considerados como parásitos inútiles. Otras sociedades, incluso fuertemente laicizadas, pretenden ser pluralistas y admiten la existencia de religiosos en ellas. Pero no habrá que preguntarles precisamente a ellas por la significación de la vida monástica y su papel en la ciudad. No captará ese papel sino aquel que comprende que el hombre no vive sólo de pan y de bienestar temporal. Ya en este nivel, todo observador imparcial puede constatar los servicios prestados por las personas cuya línea de conducta consiste en consagrarse a sus semejantes: ¿acaso no son ellas el recurso en angustias de todos los órdenes: materiales, psíquicos, morales? Pero hay más que esta utilidad después de todo muy episódica. Si se comprende que el bien de la ciudad no resulta únicamente de su organización, de la producción y de la repartición de las riquezas, de la seguridad de sus miembros, sino que le concierne también la dimensión espiritual del hombre, entonces se comprenderá de inmediato que la relación con la trascendencia es una necesidad vital para toda sociedad, y que la oración es en ella uno de los pulmones: basta para demostrarlo la evolución que podemos observar en la actualidad, y en particular de la juventud. Los monjes ya no aparecerán más entonces como marginados, o como especies de supernumerarios de la sociedad, prestando ocasionalmente algún servicio circunstancial, sino como elemento de la estructura interna de la ciudad, células vivientes del organismo social. Y la existencia de monasterios en medio de los hombres aparecerá tan necesaria como la de los espacios verdes en medio de las ciudades.

Una vez reconocido el lugar de los monjes en la ciudad, es muy natural que se espere de su parte una contribución propia al bien común. ¿Cuál será este aporte específico? En primer lugar, el de la oración como hemos visto; también el del testimonio: por sí mismo, en efecto, su género de vida da testimonio de valores fundamentales, sin los cuales el edificio social se resquebrajaría y no tardaría en derrumbarse. Pero la oración, el silencio, el trabajo, no deben impedirles tomar su parte en las luchas, los sufrimientos y las esperanzas de los hombres. Lo harán, ciertamente,

desde su lugar y a su manera. Su inserción en la sociedad civil se realizará por medio de su inserción en la sociedad eclesial, con la cual son en primer lugar solidarios. Pero es justamente esta solidaridad eclesial la que dará toda su dimensión a su solidaridad humana. El bien de la ciudad –no solamente el bien abstracto y teórico, sino el bien concreto y existencial– llegará a ser así su propio bien. Es decir que serán parte adherente en la política, si ésta es propiamente una “convivencia”, un arte de vivir juntos, donde todos y cada uno concurren a la edificación del bien común. En una perspectiva de fe, salta entonces a la vista la convergencia de los objetivos de la política, entendida en su sentido más elevado, con los de la caridad, cuyo objetivo es la edificación del cuerpo eclesial y la comunión de los santos. No se trata de ignorar las realidades terrestres para navegar en las regiones celestes –con el riesgo, por lo demás, de caídas mortales–. Se trata, por el contrario, de ver cómo las realidades celestes tienen como marco de elaboración y como trampolín las realidades terrestres, cómo la ciudad celeste se construye con los materiales de la ciudad terrestre. Es cierto que los monjes no deben intervenir en los asuntos que desbordan su competencia y que se apartan de su vocación. Pero los grandes problemas que debaten los hombres para intentar encontrar en ellos una respuesta que oriente su política, indudablemente les conciernen, e incluso, intensamente. Porque, aunque ellos no siempre estén comprometidos en los mismos problemas que sus hermanos que viven en el mundo, coinciden con ellos en un nivel profundo, el de la reflexión y del debate interior donde las opciones decisivas deben ser tomadas a conciencia.

Aquí resalta la utilidad social, “política” de la vida monástica, que permite una distancia necesaria frente a los acontecimientos, en beneficio no solamente de los que la viven en los monasterios, sino también de todos aquellos que vienen a buscar allí el medio de salir por un tiempo del torbellino de las ocupaciones, de recuperarte, y de redescubrir las verdades esenciales y las referencias morales, de las que el mundo actual está tan cruelmente desprovisto.

¿Deben ocuparse los monjes de política? Recordemos solamente el título de una obra de fuego del Cardenal Daniélou: “La oración, problema político”, y sabremos cómo responder a esta pregunta. “Ocuparse de política” es distinto que “hacer política”. “Hacer política” no le conviene al monje; pero sin duda le es aún menos conveniente, desinteresarse de los grandes problemas del momento, –los cuales, por otra parte– resultan del pasado y están preñados de porvenir, pretextando “no entender nada de política”. ¿Cómo entonces podría descifrar los “signos de los tiempos” en la trama de la historia, como su Señor lo invita? Para estar en condiciones de desempeñar su papel en la ciudad, para orientar su oración y poder dar un juicio válido a quien se lo pida, es muy necesario que el monje se mantenga informado de la situación en el mundo, evitando, por supuesto, sumergirse en ella. Le será preciso documentarse e informarse. Deberá ver dónde y cómo buscar su información para que sea seria y para que su búsqueda se armonice por otra parte con sus observancias. Existen métodos que permiten sacar provecho de una masa de documentos sabiendo discernir lo esencial y economizando tiempo. El monje no podrá realizar con éxito esta tarea de información, precisamente una de las más difíciles y que se discute en nuestros días, sino comunitariamente, condición que además lo preservará de su subjetividad y de los atractivos pasionales que filtran la información y que corren el riesgo al ser transmitida de convertirla en adoctrinamiento, cuando no en “desinformación”.

Pero más allá de la información (y sin dejar de incluirla) la tarea “política” del monje consistirá sobre todo en vivir auténticamente su vocación monástica con la plena conciencia de su solidaridad con los “hermanos que están en el mundo” (*I P 5,9*), y también con la clara visión de un aspecto preciso de esta vocación: el de ser un modelo de “convivencia” que el monje, con toda humildad y conocimiento de sus debilidades, intenta realizar en la vida comunitaria y que ofrece a los hombres, sus hermanos. Porque su más precioso aporte a la ciudad terrestre reside sin duda en el valor escatológico de su vida monástica: ésta pretende ser la prefiguración (muy imperfecta, ciertamente, pero no obstante, muy sugestiva) de la vida eterna, en esa ciudad celeste descrita por el Apocalipsis, en la que “no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas” (*Ap 21,4*), y que es no sólo la meta sino también el modelo de la ciudad terrestre (la

cual, como contrapartida, es su signo). Da, al mismo tiempo, a esta última su razón de ser: estamos en la tierra no para intentar evadirnos de ella, sino para construir activamente el Reino de los Cielos. Ese Reino es un Reino de justicia y de paz, de alegría y de amor; este reino existe ya sobre la tierra en todos los lugares donde esas condiciones, en alguna medida, se encuentran realizadas. La verdadera política es la que ordena todas las cosas a ese fin último y la que utiliza todos los medios para alcanzarlo; se expresa en los principios de vida, la actitud frente a los problemas sociales, la promulgación de las leyes, y, en general, la manera de asumir los acontecimientos evitando dejarse dominar por ellos. ¿Cómo los monjes quedarían excluido de ella cuando participan en el combate universal del bien y del mal, de la justicia y de la injusticia? Combate que se desarrolla en una multitud de frentes, pero fundamentalmente es uno, y que se libra bajo las órdenes de un solo Jefe: el Rey de Justicia. “En todas partes”, dice san Benito a sus monjes, “se milita para el mismo rey” (RB, 61,10). El Reino de Dios, indudablemente no está circunscripto por el claustro del monasterio sino que lo incluye.

*Saint-Benoit d'En Calcat
Dourgne - Francia*